

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

Tráfico de mujeres [Trafficking in women]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Trapasso, Rosa Dominga
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-26 09:56:36
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220747

Tráfico de mujeres: dimensiones internacionales de la prostitución

Trapasso, Rosa Dominga

Rosa Dominga Trapasso: Activa integrante del Movimiento El Pozo, institución peruana de esclarecimiento y apoyo a la mujer. Miembro de Creatividad y cambio y del Círculo de Feministas Cristianas.

El tema de la prostitución siempre está de actualidad y se inserta periódicamente en los medios de comunicación. Pero, ahora se trata de superar las banales noticias periodísticas sobre «la profesión más antigua del mundo» y las provocativas «bocas pintadas», reconociendo que la prostitución implica una problemática social íntimamente relacionada con las estructuras socioeconómicas y las ideologías patriarcales. Esta nueva percepción de la prostitución es evidente en las recientes investigaciones sociológicas sobre prostitución, en las apreciaciones históricas de la prostitución, en los testimonios de vida de mujeres que ejercen la prostitución y finalmente en las agendas de la militancia feminista. Actualmente, cuando la sombra del SIDA trae nuevos peligros y represiones, cuando surgen nuevas imputaciones contra las mujeres que han sido consideradas tan despreciables y a la vez tan indispensables en nuestras sociedades, hay reacciones de defensa por parte de grupos feministas que reconocen que la prostitución es «un símbolo de la condición femenina».

Por el mismo hecho que afirmamos que la prostitución es un paradigma de nuestra condición femenina (Kate Millet), tenemos que revelar por qué la prostitución ha persistido en todas las sociedades patriarcales y cómo ha condicionado a las mujeres a estar divididas en «buenas» y «malas». Creo además que es imperativo conocer la prostitución más allá de la dimensión personal, con el fin de revelar la industria de la prostitución, con sus perniciosas dimensiones económicas y políticas. Pues es cuando desenmascaramos la industria de la prostitución como un imperio multinacional de explotación, que podemos revelar las conexiones entre prostitución, esclavitud y el tráfico de mujeres.

El tráfico de mujeres no es un fenómeno nuevo. Desde el inicio de la era patriarcal, como botín de guerra, las mujeres fueron llevadas al país o tribu del vencedor para servir como esclavas domésticas/sexuales. Conforme han pasado los siglos el tráfico de mujeres se adapta a nuevas exigencias masculinas y nuevas estructuras sociopolíticas. Al inicio de este siglo mujeres de China fueron llevadas a Estados

Unidos para ser vendidas en los mercados al aire libre, en San Francisco. Se les atraía a estas jóvenes con la ilusión del matrimonio, y una vez en California, ellas fueron vendidas al mejor postor como «esclavas de prostíbulos.» En 1902, gobiernos de varios países europeos empiezan a reconocer la existencia de este tráfico internacional de mujeres y emiten un Convenio Internacional para la supresión de la «trata de blancas».

Ahora, dentro de un mundo dividido por nuevas demarcaciones del Poder - Norte/Sur, Primer/Tercer Mundo -, el tráfico de mujeres reviste todas las características de la dominación política, racial, económica y étnica vigentes en el sistema patriarcal y las sociedades imperialistas. Ahora, son mujeres del Tercer Mundo y «mujeres de color» del Primer Mundo quienes están expuestas en las vitrinas de los Eros Centros, quienes bailan «eróticamente» por horas, a pedido de los excitados clientes, y quienes viven como prisioneras en los prostíbulos de Europa, Norte América y Japón. Agobiadas por la crisis económica en tantos países del Tercer Mundo, mujeres asiáticas, latinas y africanas son reclutadas y transportadas ilegalmente a los países del Primer Mundo y enganchadas en las diferentes modalidades del siempre lucrativo negocio de la prostitución.

Se recurre a eufemismos de «mujeres eróticas», «sensuales» para disfrazar el racismo y colonialismo que se combinan ahora con la explotación sexual de esta nueva generación de esclavas. Las mujeres del Tercer Mundo son los nuevos botines de guerra de la guerra económica que tiene asfixiados a los países pobres; botines para alimentar el militarismo que requiere la utilización del cuerpo de la mujer para el «descanso y relajamiento» de los soldados y marineros. El racismo, el colonialismo y el militarismo, conjuntamente con la explotación económica refuerzan el modelo de dominación patriarcal para formar el paradigma global de dominación, opresión y destrucción.

Si bien nuestra experiencia con mujeres que ejercen la prostitución clandestinamente en Lima nos ha demostrado cómo ellas se sienten atrapadas en un circuito de pobreza, violencia y explotación, allí donde se ejerce la prostitución «voluntariamente», han sido las conferencias y seminarios internacionales sobre la prostitución que me han convencido que ésta va mucho más allá de un recurso de sobrevivencia o una opción personal. Uno de estos eventos era la Conferencia sobre el Tráfico de Mujeres realizada en Nueva York en el año 1988.

Fue una experiencia conmovedora para mí escuchar a mujeres filipinas, japonesas, africanas, coreanas, denunciar cómo el militarismo norteamericano, el racismo de los hombres del Primer Mundo y el imperialismo japonés, estaban denigrando a las mujeres de sus respectivos países. Son cientos de miles de mujeres asiáticas las que están atrapadas en el tenebroso negocio de la industria del sexo. Hay más de 100.000 mujeres predominantemente filipinas, pero también de Tailandia, quienes trabajan en la Industria del Sexo, en Japón. Ellas viven bajo la amenaza de ser deportadas y regresadas en desgracia a sus países de origen si se atreven a liberarse de los contratos explotadores que las mantienen como esclavas y prisioneras en sofisticados restaurantes, clubes nocturnos, salones de masajes y prostíbulos.

Las bases militares norteamericanas en Corea, Okinawa y las Filipinas han institucionalizado la prostitución como una industria altamente lucrativa que los gobiernos de estos países alientan porque representan una fuente de divisas. La llegada de barcos y portaviones norteamericanos que traen entre 7.000 a 10.000 hombres en busca de R & R - «Rest and Relaxation» (descanso y relajamiento) - son «invasiones» de blancos, y miles de mujeres asiáticas viven en función de la industria sexual que florece alrededor de los campamentos militares y las bases navales. Jóvenes que buscan escapar del deterioro económico que padecen sus familiares están enganchadas en esta modalidad de explotación y empobrecimiento humano.

Conjuntamente con las denuncias de las mujeres de Asia, feministas holandesas y noruegas informaron sobre las acciones que realizan para defender a las inmigrantes que forman parte de la industria del sexo en los países de Europa y de cómo atraen a miles y miles de mujeres del Tercer Mundo. No pude dejar de pensar en las muchas jóvenes peruanas que están emigrando del Perú en busca de trabajo y ¿cuántas estarán llevadas a aceptar trabajos en bares, clubes nocturnos y prostíbulos en países capitalistas?

Denuncias y testimonios, propuestas para la modificación de la legislación que discrimina a las mujeres y la consolidación de una red de organizaciones internacionales contra el tráfico de mujeres surgieron como contenido y conclusiones de esta extraordinaria conferencia. Para las participantes que fuimos de los países del Tercer Mundo y que hemos tenido vinculación con mujeres que están involucradas en los sistemas de prostitución, el tema Tráfico de Mujeres pone en tela de juicio no solamente las relaciones patriarcales sino también las estructuras sociales, económicas y políticas que explotan a nuestros países y los mantienen endeudados y empobrecidos. Conociendo tan de cerca el grado de explotación y degradación a que las mujeres que ejercen la prostitución están expuestas, nos ha sido difícil identi-

camos con el debate que surge dentro del Movimiento Feminista de Europa y Norte América «en defensa del derecho» de la mujer a recurrir a la prostitución, como si ésta fuera una libre expresión de su sexualidad.

Dentro de una tradición occidental de liberalismo que ha abogado por los derechos individuales, hay una corriente del Movimiento Feminista del Primer Mundo que trata de igualar «el derecho» de ser prostituta con el «derecho» de ejercer la homosexualidad. Esta misma corriente considera que la condenación de la pornografía y de la prostitución son vestigios del moralismo y reflejos de una ética victoriana. Sin duda, podemos encontrar una alta dosis de moralismo y cucufatería en ciertos grupos que se oponen a la pornografía; hay actualmente una fuerte reacción contra los homosexuales y prostitutas, por parte de grupos fundamentalistas bajo pretexto de la propagación del SIDA.. Frente a este movimiento neoconservador y fundamentalista ciertamente es válida la defensa de las opciones personales de hombres y mujeres para ejercer su sexualidad. Es válido también rechazar el moralismo y los prejuicios reaccionarios que condenan la liberación de la mujer. Pero, de allí, defender las opciones sexuales de mujeres y hombres, a considerar la prostitución como «una preferencia», un «trabajo sexual es disociar el concepto de «derecho individual» del contexto social en que se realizan las relaciones interpersonales entre mujeres y hombres. Considerar la prostitución como un «derecho» insinúa que la prostituta y su cliente son «iguales» y que ambas personas están siendo servidas mutua y recíprocamente en la comercialización del sexo. Sabemos que la realidad es otra. La violencia, explotación, humillación, el sadismo y las muertes de tantas mujeres revelan cuál es el contexto social en el que mujeres ejercen la prostitución. La realidad de cientos de miles de mujeres, entrampadas en contratos de explotación, encerradas en prostíbulos controlados por proxenetas y manipuladas por clientes, revela la verdadera dimensión de la prostitución. Aunque fuera verdad que un cierto número de mujeres escogen la prostitución «libremente» y están orgullosas de ser «trabajadoras sexuales», ellas no han podido cambiar las reglas de juego de este «trabajo». Sigue siendo la comercialización del cuerpo de la mujer, sigue siendo la reducción de la mujer a una mercancía, para la gratificación del hombre.

¿Cómo entendemos la prostitución y el tráfico de mujeres? En primer término, enfatizo que la prostitución no es «un encuentro libre entre iguales, ni es una «expresión de la sexualidad». Ha sido, a través de los siglos, y sigue siendo ahora un símbolo del poder masculino. En las sociedades patriarcales aún persistentes, el ejercicio del sexo es la oportunidad privilegiada para ejercer Poder; pues la opresión de la mujer, la discriminación de ella tiene su primaria y máxima expresión en la opre-

sión sexual. Cuando el hombre compra el uso del cuerpo de la mujer, está ejerciendo su Poder, económico, físico, ideológico, este Poder que involucra violencia, degradación, dominación. «Reivindicar la prostitución como trabajo», clasificarlas como «trabajadoras sexuales», es disfrazar esta realidad. Es aceptar las reglas de juego del patriarcado, reforzando el mito de que la prostitución es inevitable y que nuestro destino es estar «disponibles» - voluntaria o involuntariamente.

Surgen las preguntas: condenar la prostitución, ¿no significa condenar a las mujeres que la ejercen? ¿No tienen estas mujeres el derecho de trabajar aún como prostitutas para ganarse la vida y mantener a sus hijos? En el «Movimiento El Pozo» nunca hemos negado la realidad de la prostitución, nunca hemos condenado a ninguna mujer que ejerce la prostitución, nunca hemos puesto en cuestión el valor de sus esfuerzos de sobrevivir. Es evidente que mientras persista el Patriarcado, mientras las mujeres sean condicionadas desde la niñez a definirse en función del hombre y ser víctimas del abuso sexual, la prostitución será un recurso, y millones de mujeres en el mundo entero encontrarán que la prostitución es un recurso en medio de la severa crisis económica. Apoyamos a mujeres, les brindamos solidaridad pero no podemos institucionalizar a las mujeres en la prostitución. No daremos un «certificado de aprobación» a una forma de ganarse la vida que denigra a la persona, no podemos reforzar las ataduras que mantienen a las mujeres entrampadas en la prostitución. El apoyo que se brinda a las mujeres no es para profesionalizarlas en el ejercicio de la prostitución mediante carnés o campañas para mejorar sus «condiciones de trabajo». Brindamos nuestro apoyo para que ellas puedan adquirir mas control sobre sus vidas, que tengan experiencias que les permitan autoestimarse y valorizar su vida en función de ellas mismas, para abrir nuevos caminos.

No quisiera que se polarice esta discusión sobre la prostitución, tal como se ha hecho con la pornografía. Muchas feministas del Primer Mundo como también algunas de los grupos de prostitutas organizadas están abriendo un nuevo espacio de discusión sobre esta problemática, tan hipócritamente encubierta. Pero deberíamos siempre mantener visibles todas las dimensiones políticas y económicas de la prostitución, entretejidas con racismo militarismo e imperialismo; evolución lógica y consecuente de las relaciones de Poder que los hombres ejercen sobre las mujeres - esposas, hijas, amantes y prostitutas.

Vista en esta perspectiva, nuestra lucha tiene que ser, no la reivindicación de que una puede ser prostituta como opción personal sino la lucha para reivindicar nuestro derecho a una identidad personal, no sujeta al poder de los hombres o la comercialización de nuestro cuerpo. Luchamos por la reivindicación de nuestra se-

xualidad, con toda su potencialidad de enriquecimiento, liberación y humanización; cuando creemos en esta potencialidad de nuestra sexualidad no podemos defender la prostitución.